

Revolución en la Revolución. China, del maoísmo a la era de la reforma / La crisis del Estado socialista. China y la Unión Soviética durante los años ochenta	91
Palestina y la paz en Oriente Medio	92
Fe y crédito	96
Teoría de las Necesidades Humanas	98
Century of War - Politics, Conflict, and Society since 1914	101
The New Cold War? Religious Nationalism Confronts the Secular State	103

ENRIQUE FANJUL

*Revolución en la Revolución.
China, del maoísmo a la era de
la reforma.*

Alianza Editorial, Madrid, 1994,
364 páginas.

CESARIO R. AGUILERA DE PRAT

*La crisis del Estado socialista.
China y la Unión Soviética
durante los años ochenta.*

PPU, Barcelona, 1994, 300
páginas.

Los profundos cambios que está experimentando la sociedad china acaparan cada vez más atención. También aquí. A lo exótico de esta civilización se une ahora su eficaz capacidad modernizadora. El desarrollismo chino ha permitido unas elevadas tasas de crecimiento en los últimos años. De continuar por esta vía, China será, sin lugar a dudas, una de las grandes potencias mundiales del próximo siglo.

Estos dos libros, de Enrique Fanjul y de Cesáreo R. Aguilera de Prat, nos acercan a esta gran transformación, abordándola desde perspectivas complementarias.

El libro de Fanjul, más descriptivo y didáctico, es un relato ameno, periodístico en el tratamiento de algunos problemas, que incluso se detiene en las personas proporcionando datos de gran valor para su identificación política, y por lo mismo es muy asequible para cualquier lector interesado en el tema. El trabajo de Aguilera, por su parte, es mucho más analítico, e incorpora un valor adicional de gran interés, la comparación del proceso chino con la *perestroika* soviética (las

dos grandes formulaciones del socialismo real en este siglo), a la que dedica aproximadamente las dos terceras partes de su estudio. La intencionada falta de rigurosa sistematización de Fanjul la encontramos, equilibrada, en el volumen de Aguilera.

Tanto uno como otro, desde su particular óptica, se detienen en la reflexión acerca de las principales variables de la *gaige* y la *kaifang* (la reforma y la apertura) del Imperio del Centro. Coinciden básicamente en la apreciación de la importancia del factor histórico y civilizacional, si bien en su análisis concreto parten de momentos distintos, pues Fanjul lo inicia en la nueva China –1949–, y Aguilera en el fallecimiento de Mao.

Las tesis fundamentales de Fanjul, entre otras cosas, presidente del Comité empresarial hispano-chino, son las siguientes: 1) la economía china de hoy ya no es socialista; 2) el Partido Comunista ha incorporado a su bagaje ideológico los valores tradicionales, y en particular el confucianismo; 3) el Partido Comunista es la garantía de la estabilidad del proceso; 4) en el contexto asiático, la vigencia del autoritarismo asegura cierto futuro a una reforma sin democracia política.

Coincide Aguilera, profesor de Ciencia Política en la Universidad de Barcelona, en que la reforma tiene unos límites infranqueables, pero es mucho más cauto en relación a las posibilidades de consolidación del sistema en la formulación planteada por Deng Xiaoping. Advierte e identifica numerosas contradicciones y demandas insatisfechas que pueden derivar, en caso de dificultades económicas importantes, en convulsiones sociales graves. Aguilera

contempla la democracia política como algo inevitable para avanzar en la reforma (aquí parece traicionarse a sí mismo en el empeño por realizar una visión más científica que ideológica), aunque la superación del actual régimen nunca se produciría, en su opinión, bruscamente sino de forma lenta.

Entre uno y otro análisis hay diferencias, algunas de matiz (exceso o no en la cuantía del endeudamiento exterior) y otras de mayor entidad. Entre estas últimas cabría citar la valoración acerca de los sucesos de Tiannamen de 1989: mientras Fanjul no considera aquella protesta una manifestación antisistema y reclamadora de medidas de democratización en el sentido occidental, Aguilera, por el contrario, estima que, larvadamente, sí cabe observar esa intencionalidad en las demandas de participación y control formuladas por los estudiantes.

El libro de Enrique Fanjul describe con minuciosidad el contenido y la evolución de las dos variables fundamentales del proceso –la reforma y la apertura– y sus reflejos en la situación del partido. Pero pasa de puntillas sobre los problemas sociales generados por la actual política, la situación de sectores básicos como la sanidad o la educación, y concede muy escasa importancia a la cuestión nacional. Aguilera los señala pero no profundiza excesivamente en ellos, limitándose a señalar sus características básicas. Incorpora un valioso análisis de las reformas institucionales, del papel del Ejército, y una amplia bibliografía.

En cuanto a las carencias, en ambos se ignoran las consecuencias ecológicas del

desarrollismo, un problema que abultadamente trasciende los 21.000 kms. de frontera de China, y tampoco presta atención alguna a la propiedad colectiva, sobre la que, paradójicamente, descansa en gran medida el auge económico de los últimos años. Fanjul, esa es mi impresión, la globaliza en su concepto de propiedad privada. Sin embargo, el tema no es tan pacífico. La propiedad colectiva es la detentada por las empresas estatales, las organizaciones sociales, las administraciones territoriales, etc. Hoy representan el 40% de la producción industrial. En el primer semestre de este año su crecimiento ha sido del 20.3%.

Son, en cualquier caso, dos libros muy interesantes que se completan y complementan mutuamente, ofreciendo en su conjunto una visión altamente ilustrativa de lo que está pasando en la China de hoy.

Xulio Ríos
IGADI

ROBERTO MESA
Palestina y la paz en Oriente Medio

Colección de Estudios Internacionales, Editorial Beramar, Madrid, 1994, 200 páginas.

La aparición de este libro de Roberto Mesa –catedrático de Relaciones Internacionales de la Universidad Complutense de Madrid y referencia obligada

cuando se habla de Palestina- no puede pasar desapercibida en un país donde no se edita prácticamente nada sobre política de Oriente Medio y son escasos los buenos conocedores de este foco de conflictos tan complejo y tan presente en la palestra internacional. En esta obra, aparecida a principios de 1994, Mesa reúne cinco trabajos breves escritos en diferentes momentos que, en sus propias palabras, abordan la evolución de la problemática de Oriente Medio en su permanente debate entre guerra y paz, privilegiando la observación de la cuestión palestina, y sin negar que también reflejan su propia trayectoria de compromiso político y de reflexión personal sobre ésta desde finales de los años 60. Además se ofrece una bibliografía y una selección de 25 documentos que van desde la Declaración Balfour (1917) a la Declaración de principios sobre acuerdos provisionales de autonomía sobre Cisjordania y Gaza (septiembre 1993). El primer texto, *Oriente Medio, de la crisis colonial a la conflictividad permanente*, esboza un mapa explicativo de la conflictividad en la región desde mediados de este siglo, presentando actores y señalando elementos interpretativos clave como la fragmentación política, la penetración ideológica y cultural, y la dependencia económica. Con el título *Palestina, entre la historia y su futuro*, el segundo texto sitúa la cuestión israelo-palestina. Con la creación del Estado de Israel en 1948, la resolución del problema palestino se convirtió en pieza clave para todo proyecto de paz y seguridad en una zona tan compleja desde el punto de vista geopolítico como es Próximo

Oriente. Siguiendo la difícil y dolorosa trayectoria que ha vivido el pueblo palestino –su independencia política frustrada, las sucesivas guerras árabe-israelíes, la organización del movimiento nacional palestino, la Intifada...–, Mesa apunta los elementos imprescindibles para entender cómo se llega a las negociaciones de 1991.

A lo largo de los años de exilio y ocupación, los palestinos fueron afirmando su voluntad nacional, conscientes de que la única manera de preservar su identidad era la plasmación de un Estado propio; así, de reivindicar la recuperación de toda su tierra, pasaron en los años 70 a reivindicar el establecimiento de su Estado sobre una parte de la Palestina histórica, evolución que, no exenta de tensiones y violencia, es clave para entender los acontecimientos actuales. El texto siguiente, *La intifada, la OLP y el pueblo palestino*, traza los grandes rasgos de la historia del movimiento nacional palestino hasta llegar al levantamiento popular (intifada) que prendió a finales de 1987. Aquí el autor intenta una explicación del fenómeno y señala algunas de sus repercusiones en los distintos ámbitos de la comunidad palestina y en el Estado de Israel, pero su análisis apenas cubre el primer año del levantamiento sin tratar las dimensiones y posteriores dificultades con las que se encontró esta modalidad de resistencia.

Con *La población de Gaza y Cisjordania a la luz del Cuarto Convenio de Ginebra* se hace un breve análisis *ius-*internacionalista de las violaciones cometidas por el Estado de Israel en los Territorios Palestinos Ocupados, subrayando

el deber de actuación de la comunidad internacional a la hora de proteger a la población palestina.

El último texto, *De la guerra del Golfo a los acuerdos provisionales de autonomía*, aborda un período más cercano. Partiendo de una interpretación global del significado de la guerra del Golfo, expone las grandes líneas de la nueva etapa iniciada en octubre de 1991 en Madrid con la Conferencia de Paz para Oriente Medio, hasta la firma de los Acuerdos de Washington entre la OLP y el Gobierno de Israel el 13 de septiembre 1993. A pesar de algunas repeticiones –justificables por la naturaleza de la obra– y la utilización de cifras, a veces algo antiguas, los primeros textos son de innegable atractivo, densos en sus interpretaciones y claros en su exposición, fruto de un conocimiento profundo y asentado de la cuestión, que hacen de la obra un excelente trabajo introductorio para quien se acerque al tema. Sin embargo los textos que abordan acontecimientos más recientes suscitan más objeciones. Por un lado, se echa de menos cierto distanciamiento para abordar serenamente los aspectos más contradictorios del proceso de paz. Si el peso dado por Mesa a la perspectiva histórica –siguiendo la evolución del movimiento nacional palestino, con sus progresos y vicisitudes– le permite tratar mejor la multicausalidad y la complejidad de ciertos procesos, también eso mismo le hace caer fácilmente en la tentación de trazar líneas de fuerza que llevan a los acontecimientos más recientes y a justificarlos. Así, el proceso de paz y las conversaciones, tal cómo se plantearon en 1991, no

sólo aparecen casi como inevitables, sino que su presentación va revestida de un optimismo que los acontecimientos posteriores se han encargado de relativizar. Por otro lado, se infravalora lo que sucede en el interior de los Territorios Ocupados; apenas se tiene en cuenta lo que allí ha ocurrido en los casi seis años de levantamiento popular. Por lo menos desde 1988, el protagonismo del movimiento nacional palestino ha pasado a los grupos del *interior*; desde entonces es imprescindible seguir de muy cerca lo que pasa en Cisjordania y Gaza. De hecho, los análisis socio-políticos sobre la cuestión palestina más interesantes de estos últimos años tratan sin duda del *interior*: de la evolución de los diferentes grupos políticos, la peculiaridades de la resistencia, las múltiples caras de la intifada, etc.

Cuestiones claves relativas al proceso de paz, las negociaciones [en la página 122 se atribuye carácter bilateral a las reuniones multilaterales que tuvieron lugar a lo largo de 1992-93 para tratar cinco temas generales que afectan a todos los participantes en la Conferencia de Madrid] y los acuerdos de autonomía apenas han sido esbozadas cuando no pasadas por alto. Tras varios años de reclamar una conferencia internacional de paz ¿por qué la OLP accedió a entablar negociaciones en un momento de especial debilidad –declinar de la intifada, crisis económica de la OLP tras la guerra del Golfo...–, rubricando acuerdos mínimos que quedan muy por debajo de las exigencias de las resoluciones de Naciones Unidas? Notemos que esta debilidad ha sido luego una constante en todo el proceso

negociador desde Madrid hasta los Acuerdos de El Cairo (4 mayo de 1994), para la puesta en marcha de la autonomía limitada, en que se firma un documento cargado de un gran número de imprecisiones que favorecen a los israelíes.

Apenas si se sitúa todo este proceso en función del nuevo orden regional diseñado por Estados Unidos tras la guerra del Golfo: la necesidad de una solución global que garantice la estabilidad en toda la zona para hacer de ella un área de significado económico estratégico (de ahí el acelerado acercamiento norteamericano a Siria –país que sigue incluido en la llamada lista de encubridores del terrorismo internacional– y el interés en la resolución de la cuestión del Golán).

Otra carencia llamativa tiene que ver con la diversidad de criterios en el seno de la organización palestina cara a la conferencia y las negociaciones. Si bien Mesa reconoce el pluralismo, la complejidad y la conflictividad interna dentro del movimiento palestino desde sus orígenes apenas se tienen en cuenta en los últimos acontecimientos. Abordar esta cuestión obliga a matizar, por ejemplo, las verdaderas dimensiones de la negociación entre bastidores; si bien el secreto con que se llevaron las negociaciones permitió alcanzar los resultados conocidos, también es cierto que sirvió para evitar un verdadero debate intra-palestino y ahondó las diferencias internas en el seno de la OLP. Las dos principales formaciones de izquierda –Frente Popular y Frente Democrático– junto a islamistas y los grupos minoritarios habían mostrado su rechazo a un proceso de tal naturaleza desde antes de la

Conferencia de Madrid; más tarde, destacadas personalidades independientes y del propio Fatah objetarían el acuerdo Gaza y Jericó primero, y, tras los acuerdos de El Cairo, se les sumaría el minoritario pero influyente Partido del Pueblo Palestino (comunistas) y un gran número de personalidades independientes.

Se hace también escasa mención a los peligros inherentes a la autonomía tal como se contemplaron en los acuerdos de Washington: el autogobierno limitado al insignificante enclave de Jericó y a la explosiva Franja de Gaza (6% del territorio ocupado); las escasas competencias reales de la autoridad autonómica palestina; la posposición de temas trascendentales como el futuro de las colonias israelíes, los refugiados o la cuestión de Jerusalén; la persistencia de la ocupación militar en gran parte del territorio, y, en suma, el relegamiento de los temas más sensibles, el ahondamiento de la dependencia respecto a Israel y la conversión de esos dos enclaves en escudos defensivos para el Estado sionista. Apenas hay comentarios a la situación interna en Israel: ¿cómo se han vivido los últimos acontecimientos en Israel?, ¿qué posición ha tomado esa quinta parte de la población israelí que es de origen palestino?, ¿puede acaso Israel, tal como es hoy, ser un vecino pacífico?, entre otros interrogantes.

Si los cuatro primeros textos permiten situarnos bien apertrechados al inicio de la intifada, a partir de ahí faltan elementos claves para entender los acontecimientos de este primer año tras la firma de Washington y la situación actual: una Autoridad Nacional Palestina

que carece de medios económicos –el entusiasmo de la comunidad internacional ante la puesta en marcha del proceso de paz no ha tenido una rápida traducción en la vital ayuda económica–, que tiene que lidiar con los incumplimientos y retrasos de Israel, y con el mantenimiento de las prácticas violentas de las tropas de ocupación, que se encuentra frente a una población frustrada por la permanencia de los presos en las cárceles israelíes a pesar de lo acordado en El Cairo (a principios de septiembre de 1994 el Mandela Institute for Political Prisoners denunciaba que todavía quedaban 5.173 detenidos), y que encara fuertes resistencias por parte de sectores palestinos tanto por el deterioro de las condiciones económicas, como por los procedimientos autoritarios del gobierno autónomo. Así no sólo se están produciendo tensiones entre los islamistas y la Autoridad Palestina (ANP); también afectan a un sector importante de los movimientos sociales que ganaron fuerza durante la intifada [ver por ejemplo M. Barghouthi, "Palestinian Israeli Peace: the Risk of Defeating the Purpose", *The Wall Street Journal*, 31 agosto 1994]. El 25 de julio de 1994 se daba a conocer el fallecimiento del primer preso bajo custodia de la policía palestina; unos meses más tarde la ANP mostraba su singular interpretación de la libertad de expresión cerrando unos días el periódico *An-Nahar* de Jerusalén y, más tarde, dificultando la distribución de la prensa diaria en Gaza.

Isaías Barreñada B.
Doctorando en Relaciones
Internacionales

**SUSAN GEORGE y
FABRIZIO SABELLI**
Fe y crédito.

Editorial Intermón, Barcelona
1994, (distribuye Octaedro).

Las divergencias entre posturas teóricas responden, la mayoría de las veces, a una cuestión de ubicación frente al hecho que se analiza. La mirada nunca es inocente. Por ello, y considerando la carga de subjetividad que todo cuerpo soporta, es fundamental poder establecer los aspectos sobre los que focalizamos nuestra atención a la hora de analizar las producciones sociales. Mucho se ha escrito defendiendo y condenando la razón de ser y el accionar del Banco Mundial (BM). Susan George y Fabrizio Sabelli evitan internarse en este debate (si bien queda clara su postura al respecto) para dedicarse a desentrañar cómo la definición de la realidad enunciada por el banco ha adquirido el rango de verdad universal y cuáles son los criterios sobre los que se estructura esta visión. Se trata de desvelar "cómo piensa y qué piensa el propio banco y qué es lo que piensa, cómo y por qué puede imponer su verdad y su doctrina a otros". Los autores analizan las distintas etapas y cambios afrontados por esta institución, centrando la atención en el discurso de sus hombres más representativos. Es así que el período presidencial de Robert Mac Namara se presenta como fundamental a la hora de descifrar su conformación ideológica. Del mismo modo, Larry Summers, a quien los autores llaman el "paladín fundamentalista", aparece como la

personificación más ajustada de la doctrina neoliberal.

Las limitaciones del ajuste estructural, la cultura interna, los problemas de gobernabilidad, el reto de los ecologistas y la imagen/autoimagen del banco son algunos de los puntos que los autores abordan con absoluto rigor. El lenguaje es ameno, entretenido y teñido de ironía, facilitando enormemente la lectura. La presencia alternada de breves relatos de ficción, denominados entremeses, rompe con el estilo clásico de este tipo de obras.

Un interrogante une y da sentido a toda la estructura: ¿por qué tiene tanto poder el Banco Mundial? La respuesta se va delineando paso a paso. Como en todo hecho social (y el BM también lo es) son diversas las variables que intervienen en su cristalización y afianzamiento. El aspecto más notorio es el económico, pero ésta es sólo la punta del iceberg. Todo sistema de dominación se eleva sobre una base subjetiva que garantiza su permanencia; todo poder, aún el material, se sustenta sobre pilares inmateriales.

El concepto "hecho social total" de Marcel Mauss se utiliza aquí para definir la esencia del banco. Para Mauss la realidad social es, en principio, un mundo de relaciones simbólicas. Esto quiere decir que las instituciones sociales también se expresan a través de símbolos. El BM intercambia constantemente capital material por capital simbólico y "está en condiciones de asumir unas funciones al mismo tiempo económicas y simbólicas: integración, orientación y, la más importante, mantenimiento de un programa de verdad".

Tanto hay de simbólico e inmaterial en el poder de esta institución que es posible

establecer una analogía directa con el sistema eclesástico. A semejanza de la iglesia, el BM está estructurado en base a un sistema jerárquico rígido, su razón de ser y de hacer se legitima en la autojustificación. Y, asimismo, la didáctica que practica es la del pecado/redención: a partir del reconocimiento y confesión de los errores (o pecados) alcanza automáticamente la absolución, sin que ésto suponga un cambio de rumbo ni una reparación de los daños ocasionados.

El banco se mantiene inmune a las sanciones del mercado (obtiene beneficios sin riesgo), a las normas éticas y al control político externo. Permanece fiel a sus creencias, sin medir el impacto ambiental y social de sus políticas. Es así que a la hora de evaluar los resultados de los planes de ajuste estructural (PAE) impuestos en la mayoría de los países pobres, continúa considerando el PIB como indicador válido, subestimando la importancia de otros indicadores sociales, como los que constituyen el Índice de Desarrollo Humano (IDH), que integra algunos de los elementos que constituyen la realidad social: mortalidad infantil, medidas de protección ambiental, calidad general de vida, acceso a la educación y a la salud, etc.

Tiene vocación universalista y su principal función es la de lograr la integración de todos los países a través del mercado, siendo éste el espacio de relación natural entre los distintos pueblos. Funciona también como guía de una "humanidad débil e imperfecta", llevando por el buen camino a aquellas naciones que aún no han logrado una "plena expresión del capitalismo de mercado". Para lograr este primordial objetivo es necesaria la construcción de un

"hombre nuevo", esta vez encarnado por el *homo economicus*. Los precios serán el instrumento que regulará la actividad de estos hombres y pondrá orden en el caos de la existencia humana. Las leyes de la economía, la lógica del mercado y los PAE representan la verdad revelada que regirá la vida y, claro está, la muerte de los redimidos.

En palabras del filósofo León Rozitchner: "Lo que interesa entonces es la producción de bienes que circulen como mercancías en el consumismo del mercado, ¿qué queda de ese hombre rico, lleno de fantasías y de imaginación, osado, que quiere enfrentar la tristeza a la que lo condena el aburrimiento liberal y que fue excluido de la historia? Este hombre queda muerto también en la teoría. No tiene lugar ni en la realidad ni en la razón, pierde en ambas. El único colectivo social que le queda a ese hombre es el mercado, y en el mercado no se intercambia amor por amor, sino cosa por cosa". Claude Lefort sostiene que, si bien la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano no ha garantizado (ni mucho menos) la vigencia de la igualdad entre las personas, ha inaugurado un espacio discursivo (y por lo tanto simbólico) que permite exigir el cumplimiento de dicho precepto. A partir de la elaboración del concepto de igualdad se construye la legitimidad de su reclamo, lo que posibilita que las mujeres, los homosexuales, las minorías étnicas, etc. reclamen ese derecho que la ley nombra y la práctica muchas veces ignora. En este sentido, puede decirse que la Conferencia de Bretton Woods ha inaugurado el concepto de ayuda al desarrollo. La

legitimidad que ha adquirido esta práctica en nuestros días abre la posibilidad de exigir la vigencia de políticas de cooperación que consideren los costes sociales y ecológicos a la hora de evaluar los proyectos. Es imprescindible una redefinición del concepto de desarrollo, así como la consolidación de formas alternativas para hacer viable la ayuda. La falta de claridad en estas ideas dibuja el desarrollo como la tierra prometida del capitalismo, a la que se accederá después de incontables sufrimientos (hambres, guerras, desastres ecológicos, etc.). La aceptación de este dogma y la creencia, por parte de los países pobres, en el sacrificio y la penitencia como vía de acceso al Reino de los Cielos, son los cimientos sobre los que se levanta el edificio del Banco Mundial. Visto así, cabe pensar que aún tendremos banco para rato.

Sandra Gil
CIP

LEN DOYAL e IAN GOUGH
Teoría de las Necesidades Humanas.

Icaria-FUHEM.,
Barcelona, 1994, 406 páginas.

Las necesidades humanas básicas constituyen un objeto de estudio que se presta a la asunción de determinadas posturas ideológicas, a las reacciones antagónicas y a las réplicas y contrarreplicas. Las discusiones

han girado en torno a posiciones encontradas o dicotómicas, entre necesidades universales/históricas, objetivas/subjetivas, empíricamente operativizantes/empíricamente inoperantes, determinismo biológico/culturalismo, “básicas”/“no básicas”, materiales y/o no materiales, políticamente asumibles/políticamente inabordables... La elaboración de Doyal y Gough constituye el punto de partida para contrarrestar la circularidad que ha venido caracterizando los debates sobre necesidades básicas.

Con aportaciones como ésta es más factible un nuevo rumbo en este campo de investigación. El rigor es condició *sine qua non* para denunciar y evitar la utilización de las necesidades humanas como arma arrojada que se presta a perversiones paternalistas, autoritarias, represivas e incluso legitimadoras de estrategias de reproducción de consumo.

El libro se divide en cuatro partes. En la primera, se argumenta contra todas las formas más representativas del relativismo: economía ortodoxa, nueva derecha, marxismo, críticas del imperialismo cultural, democracia radical y fenomenología. El *modus operandi* consiste en evitar los obstáculos que desde todas las direcciones confluyen hacia un único postulado, “*La búsqueda de necesidades universales y objetivas es una quimera*” (p. 46). El móvil es construir una teoría de las necesidades humanas y, muy a su pesar, las propias argumentaciones relativistas son la base para elaborarla pues “*toda negativa explícita a la existencia de necesidades supone una aceptación implícita de su existencia*” (cap. 2). Asimismo, la

separación analítica de necesidades, aspiraciones e impulsos biológicos fundamenta una moralidad de las necesidades derivada del consenso sobre en qué consisten los daños graves universales y objetivos, y en que medida es obligatoria su satisfacción.

La segunda parte es la propiamente teórica; en ella la salud física y la autonomía son definidas como las necesidades básicas universales –elevadas al rango de derechos humanos sometidos a constricciones políticas, económicas y ecológicas, pero vinculados a unos satisfactores universales e identificables objetivamente– y se enumeran las cuatro condiciones sociales previas a la satisfacción de esas necesidades elaboradas a partir de la “teoría de la justicia” de Rawls: la producción material de los satisfactores, la distribución que facilite el acceso a ellos, la transformación de las necesidades (transmisión cultural), la reproducción material que garantice la sostenibilidad temporal (algún tipo de autoridad política). Este derecho trasciende las fronteras nacionales sigiriendo un “impuesto internacional de ayuda a los necesitados” y de “instituciones colectivas de beneficiencia” (cap.6). Las consecuencias lógicas son: un gobierno mundial (contrapuesto a la autogestión local), un Estado de bienestar internacional, el reconocimiento de las limitaciones que imponen el medio ecológico y las obligaciones para con las generaciones futuras.

La tercera parte traslada la teoría a la práctica, a la investigación social aplicada. Las “necesidades intermedias” –cuya inclusión está fundamentada en su probada contribución positiva y universal

a la salud física y a la autonomía-hacen de puente. La relación causal entre satisfacciones y necesidades (apoyadas en la técnica) y el método antropológico comparativo de las diversas culturas proporcionan un criterio de universalidad. Las lagunas estadísticas hacen que una evaluación moral de las políticas de bienestar dependa tanto de indicadores sociales cuantitativos como de investigación cualitativa sobre el significado de las acciones humanas. En cualquier caso, los indicadores construidos se basan en una serie de factores probados como inhibidores de la salud y de la autonomía. De esta forma, se compatibilizan las particularidades culturales con las igualdades universales, actualizando la problemática de las necesidades básicas respecto al contexto de la economía global. También se demuestra la aplicabilidad práctica de la teoría al evaluar la eficiencia de distintos grupos de países (“Tres Mundos”) en el cumplimiento de las cuatro condiciones sociales previas (garantizando sus satisfacciones). En sentido popperiano, la satisfacción de necesidades en Suecia, Costa Rica y Sri-Lanka –hasta 1977– constituyen la falsación del relativismo y de los que creen en órdenes inmutables. La cuarta parte propone una economía política de la satisfacción de necesidades y una agenda para la futura investigación. Doyal y Gough se decantan por una “estrategia dual” o “tercera vía” que armonice las potencialidades de la planificación central con las de la participación democrática como componentes necesarios de una política que busca optimizar la satisfacción de las necesidades.

Esta es la mejor forma que encuentran para salvar la dialéctica individuo/sociedad, pues sostienen que sin capacidad de acción individual no puede haber estructura social y viceversa. Se une la generalidad del Estado con la particularidad de la sociedad civil y, aunque no se manifiesta explícitamente, es de suponer que, en consonancia con su discurso, tanto el ecosistema como las generaciones futuras incidan decisivamente en la economía política propuesta. Todo esto hace que la temática de Teoría de las necesidades humanas cobre cada vez más y más centralidad en círculos intelectuales, académicos e incluso en la sociedad civil. El espíritu de la obra sigue la afirmación de Chesterton “*si hay algo que merece la pena hacerse, ¡merece la pena hacerse mal!*” (cap.12). Doyal y Gough critican repetidamente los ajustes estructurales del FMI y el Banco Mundial, y hacen énfasis en la investigación empírica que documenta con creces la compatibilidad de indicadores de crecimiento económico con insatisfacción severa de necesidades básicas. Debe quedar claro que en ningún momento dan por cerrada su teoría; la formulan en un tiempo verbal imperfecto o inacabado. Es más, reconocen las limitaciones y animan a crear nuevas líneas de investigación en el seno de un debate abierto. Sin embargo, quizás el mayor logro de esta obra sea el binomio cuantificación, teoría que permite seleccionar y ordenar la información estadística y ofrecer una comparación transcultural de la satisfacción de necesidades individuales. Esto es, cuanto menos, esperanzador para el movimiento en pro de los indicadores sociales y del

desarrollo humano, una pequeña terapia para su complejo de inferioridad y un argumento elaborado frente al “*nunca llegaréis a nada*”.

José T. García García
Sociólogo

GABRIEL KOLKO
Century of War - Politics, Conflict, and Society since 1914.

The New Press, Nueva York
1994, 546 págs.

La guerra ha moldeado el mundo en el que vivimos. Esto es una realidad a la que no puede volverse la espalda, ni siquiera por mucho que, como fenómeno social, aquélla pueda resultar irracional, brutal, aberrante o, simplemente, ineficaz y antieconómica para resolver los habituales conflictos entre los hombres o las sociedades. La investigación para la paz viene incorporando crecientemente a su programa el estudio de la guerra como una condición necesaria para establecer las bases de un futuro mundo menos bélico o del que la guerra haya sido del todo erradicada. A este respecto cabe aquí recordar el comentario publicado en el núm. 51 de *Papeles* (verano de 1994) sobre el libro de Anna Bastida *Desaprender la guerra. Una visión crítica de la educación para la paz* y recomendar la lectura de este breve opúsculo. Del mismo modo como los

movimientos tectónicos han ido configurando el mundo físico sobre el que los hombres y mujeres de hoy desarrollan sus actividades y han predeterminado mucho de lo que ellos son y hacen, de sus actividades y sus posibilidades (sierras, bosques, desiertos o mares han condicionado la evolución de grupos humanos de muy diversa naturaleza), también la guerra ha establecido muchas de las condiciones iniciales en las que hoy en día actúan las sociedades humanas. El idioma en que nos expresamos, las religiones dominantes, las fronteras que nos separan o las culturas que nos unen son, en su inmensa mayoría, producto de guerras del pasado que unos han ganado y otros han perdido. Así pues, resultados de guerras ganadas y perdidas son, por ejemplo, el hecho de que los ciudadanos de Perpignan sean gobernados desde París y no desde Barcelona –y que los barceloneses lo sean desde Madrid–, que la Península Ibérica albergue dos estados independientes (sin olvidar a Andorra o Gibraltar como entidades políticas distintas), que unos pueblos europeos sean predominantemente católicos y otros protestantes o musulmanes, o que la floreciente cultura islámica española que prosperó en Andalucía haya quedado prácticamente reducida al turístico mundo del arte y los monumentos. No es, pues, la guerra un fenómeno que, por abominar de sus nefastos efectos, pueda ser ignorado en modo alguno. El instintivo horror que desde algunos ámbitos que se tienen por pacifistas se muestra ante cualquier alusión a este antiquísimo fenómeno social llamado guerra, que viene acompañando a la humanidad

durante varios milenios, hasta el punto de hacerles cerrar los ojos a su aplastante objetividad, no pasa de ser una pueril reacción o un miedo instintivo a querer aceptar la realidad en sus términos más exactos.

A comprender mejor las complejas circunstancias que concurren en el estallido, desarrollo y consecuencias de las guerras contribuye de forma importante el reciente libro del profesor Gabriel Kolko, de la Universidad York, en Toronto (Canadá), conocido principalmente por su ya clásica obra, *Anatomía de una guerra*, dedicada a la guerra de Vietnam. Su más reciente trabajo, el que aquí se comenta, trae forzosamente a la memoria el ya tradicional ensayo del profesor Raymond Aron, cuyo título en versión española, *Un siglo de guerra total*, es casi homónimo al del profesor canadiense (aunque esto no suceda con el título original: *Les guerres en chaine*, más adaptado al contenido real de la obra que el grandilocuente título adoptado por la editorial española). Los casi 40 años que entre ambas obras han transcurrido hacen que, por otra parte, los enfoques adoptados por el prestigioso pensador francés y por el profesor Kolko sean, a la vez, divergentes y complementarios.

Como tantas veces sucede, tampoco en este caso el título del libro refleja con exactitud su contenido, al menos para el lector exigente que espera encontrar en él, si no un imposible análisis de los centenares de guerras que han tenido lugar durante el siglo sí una síntesis de conjunto sobre el fenómeno guerra en el último siglo, que no omita importantes elementos. "Un siglo de guerra" queda reducido, en esta obra, a las

dos guerras mundiales, más unas breves alusiones al escenario asiático. El autor descarta, pues, fenómenos de tanto interés como la guerra civil española –preludio importante a la Segunda Guerra Mundial– que sólo es citada (p. 180) para indicar que "el intermedio entre las dos grandes guerras no es materia de este libro", lo que no dejará de producir cierta desilusión en el lector español. Y como ésta, muchas de las guerras modernas que han configurado el mundo del presente ni siquiera aparecen en el índice de la obra.

Pero esta limitación solo es nominal, si se espera encontrar en el libro más de lo que el autor ha decidido incluir en él, por culpa de un desacertado título. Porque el estudio que efectúa Gabriel Kolko de las dos guerras mundiales es realmente impresionante y resulta casi obligado para quienes desean profundizar sobre las consecuencias de todo orden que los conflictos bélicos pueden acarrear a las sociedades que los sufren, acudiendo a los ejemplos inmediatos de las dos guerras que en este siglo que va a concluir han ensangrentado el continente europeo.

Los protagonistas principales de las guerras son tratados en la primera parte del libro, al paso que en la segunda se estudian, con profundidad y detalle, las consecuencias de ambos conflictos mundiales en lo que respecta a las transformaciones, en su mayoría imprevistas, que se produjeron en las sociedades que sufrieron los efectos de tales conflictos. El autor nunca abandona un punto de vista alentadoramente progresista, y las tesis con que al final del trabajo pretende sintetizar el resultado del mismo son realmente importantes.

El libro concluye afirmando que es muy difícil escribir una conclusión apropiada a este largo análisis de la historia de las trágicas experiencias bélicas del siglo XX y evitar, a la vez, caer en un cierto pesimismo sobre el futuro de la humanidad. Parece que no hay solución fácil a los problemas planteados por los dirigentes políticos irresponsables y engañados y las clases sociales que representan, o por las dudas de los pueblos para invertir el sentido de la locura mundial, antes de que éstos queden arrastrados por sus terribles consecuencias. Hay mucho pendiente de hacer, y parece que ya es tarde. Nuestro deseo natural de supervivencia de la humanidad rechaza instintivamente el rumbo que el mundo sigue desde 1914, que parece conducir a una culminación inevitablemente destructiva, aunque surgen algunas esperanzas de cambios esenciales y suficientes. Es innegable, afirma el autor en las últimas líneas del libro, que quienes permanecen apáticos o desesperanzados van a pagar, junto con las generaciones futuras, el precio final por no haber producido el necesario cambio de rumbo: "Descartar los mitos de la historia, desmantelar las pretensiones del saber tradicional y de los dirigentes que se proclaman omniscientes y prescindir de los dogmas de las ideologías que han traicionado a sus seguidores, son condiciones previas para escapar de las fatales ilusiones y errores que este siglo nos ha legado. Sólo entonces podremos avanzar y actuar en el tiempo que nos queda para invertir los ciclos de guerra y de sufrimiento humano que han constituido una parte tan importante de la historia moderna, a fin de sobrepasarlos". He aquí

un estimulante programa de progreso centrado en ciertos objetivos concretos que toman, paradójicamente, la forma de enemigos a batir en una incruenta guerra por un futuro mejor: la historia mitificada (y a este respecto es imposible negarse a recomendar la lectura de Andrés Sopeña Monsalve, *El florido pensil*, Crítica, Barcelona 1994, en especial en su tercera parte), el saber tradicional, los dirigentes omniscientes (como los que a diario nos abruman desde la pequeña pantalla y los medios de comunicación) y los dogmas ideológicos. Que sea precisamente un estudio profundo y equilibrado de la guerra el que nos permita definir las armas con las que combatirla no deja de ser una saludable paradoja.

Alberto Piris
CIP

MARK JUERGENSMEYER
The New Cold War? Religious Nationalism Confronts the Secular State

University of California Press,
Londres, 1993, 292 páginas.

Los nuevos focos de tensión provocados por los activismos religiosos y por la exacerbación de las identidades étnicas o nacionales fueron percibidos como una amenaza de confrontación global dirigida contra el sistema de valores

occidental. Frente al alarmismo de algunos análisis, el estudio de Mark Juergensmeyer, *The New Cold War? (¿La nueva Guerra Fría? El nacionalismo religioso se enfrenta al estado secular)* tiene el mérito de aportar un análisis actual, claro y sintético de la existencia, evolución y situación política de los nacionalismos religiosos en Oriente Medio, Asia del Sur, Asia Central y Europa del Este. La originalidad del estudio consiste en focalizar su atención en el discurso y el proyecto político de los nacionalismos islámico, budista, hindú y sij, intentando esclarecer de forma desapasionada un fenómeno oscurecido por los temores que suscita esta nueva "confrontación global".

El autor se propone mostrar que el resurgir de una oposición al Estado secular basada en un sustrato cultural-religioso constituye una nueva respuesta a la modernidad. Se trata de una forma de nacionalismo que tiene, a pesar de sus divergencias ideológicas, muchos puntos comunes con la visión laica del Estado-nación, no desprovista de cierta religiosidad en sus mecanismos de adhesión y asimilación de un imaginario colectivo. El enfrentamiento entre los nacionalismos seculares y religiosos opone dos ideologías de orden, dos sistemas culturales que generan una fé e implican una identidad y lealtad a una comunidad más amplia.

De acuerdo con este propósito, el autor confronta su análisis a las ideas, propuestas y estrategias seguidas por los movimientos y partidos políticos religiosos en su intento de reformular el lenguaje político moderno y proveer una nueva base para el Estado-nación. El autor refleja las particularidades de los diferentes

nacionalismos, destacando sin embargo la convergencia de sus planteamientos doctrinales y de sus estrategias políticas, así como de sus bases de apoyo popular. Comparten todos el mismo enemigo –el nacionalismo secular protagonizado por regímenes postcoloniales– y la voluntad de plasmar sus principios religiosos en la esfera pública.

Lejos de atenerse a la descripción de un fenómeno global, el autor consigue reflejar la complejidad de cada situación socio-política. Los nacionalismos religiosos aparecen como complejos entramados de facciones de diferentes tendencias radicales y moderadas, inmersos en una lucha política. Juergensmeyer pone en evidencia la aceptación del marco de la nación como ámbito político. En este sentido, su análisis difiere radicalmente de los que subrayan como característica inherente de los movimientos religiosos su carácter universalista y proselitista. En este trabajo el activismo político islámico, muchas veces analizado en su esencialidad y particularismo, forma parte de un fenómeno global y pierde de esta forma su carácter excepcional.

Juergensmeyer consagra la última parte de su estudio a los aspectos más conflictivos del nacionalismo religioso, susceptibles de originar tensiones entre las dos ideologías de orden. El autor no descarta las interpretaciones esencialistas del fenómeno político-religioso al admitir que el fondo ideológico del nacionalismo religioso es irreconciliable con la ideología secular. Sin embargo, pone de manifiesto que los elementos inherentes a la religión –como el uso de la violencia, la legitimación divina de lo político o la sujeción del individuo a un

orden moral superior— son el objeto de una recuperación política. Las nuevas interpretaciones dan lugar a experiencias políticas diferentes y a veces divergentes. Los partidos se apoyan en la religión para elaborar su ideología y dar una sanción moral a sus acciones políticas. Juergensmeyer recuerda además que la vinculación de los movimientos político-religiosos con las instituciones religiosas es relativa. En Egipto, Sri Lanka, Israel e India el liderazgo de esos movimientos procede en gran parte del sector laico. Las confrontaciones religiosas tienen un carácter violento. La violencia tiene un fuerte componente simbólico y se convierte en un poderoso instrumento de lucha contra el régimen vigente. Juergensmeyer afirma que: “Aunque virtualmente todas las religiones predicán la no-violencia, es su capacidad de sancionar la violencia la que les confiere un poder político”. A la luz de las diferentes confrontaciones religiosas, el autor considera que el recurso a la violencia tiene también una explicación coyuntural y encuentra su origen en la exclusión social y la ruptura de antiguas estructuras sociales. La violencia, sin embargo, no es la única opción. Muchos movimientos o partidos religiosos han integrado el juego democrático en sus estrategias para establecer su propio orden. Respecto a los fundamentos políticos de la religión como legitimación de regímenes autocráticos, el autor apunta que como ideologías de orden tanto el nacionalismo secular como el religioso son propensos a desarrollar formas de gobierno de este tipo. La principal objeción a la capacidad democrática del

Estado religioso moderno se basa en que, si bien los nacionalismos religiosos integran la democracia en sus discursos políticos, se limitan a aceptar un modelo institucional sometiéndolo a un propósito moral, religioso superior. La cuestión de la protección de los derechos de las minorías constituye, de alguna forma, el problema pendiente de cualquier nacionalismo. La protección de los derechos humanos es, sin lugar a dudas, el punto más conflictivo.

El autor señala además que las principales divergencias, difícilmente reconciliables, entre los nacionalismos religioso y secular se articulan entorno al estatus del individuo en la organización social. Así, los nacionalismos religiosos privilegian la construcción de un orden colectivo a la afirmación de los derechos e intereses del individuo.

Juergensmeyer manifiesta, por otro lado, su optimismo en cuanto a la posibilidad de coexistencia en el ámbito internacional con los nacionalismos religiosos. Afirma, en primer lugar, que los nacionalismos religiosos son incapaces de unirse y que muchos de ellos aspirarán a una reconciliación política y económica con el mundo secular. Aunque sea muy difícil vislumbrar las tendencias generales de evolución de los estados religiosos modernos existentes, Juergensmeyer observa en el caso de Irán una suavización de sus relaciones con Occidente. Este tipo de Estado es compatible con la modernidad en la medida en que refuerza las identidades nacionales, condición necesaria para la construcción de estados modernos.

Juergensmeyer reconoce que las ideologías que sustentan a ambos,

secular y religioso, son irreconciliables; sin embargo, confía en que la tolerancia y el respeto puedan ser la base de una coexistencia pacífica entre los dos. Los valores comunitarios y la visión moral de los nacionalismos religioso, por un lado, y el individualismo y las leyes racionales de justicia del nacionalismo secular, por otro, son principios admirables que deberían ser objeto de un mutuo reconocimiento. Pero el optimismo de Juergensmeyer no deja de ser idealista en la medida en que supone que los países occidentales pueden dejar de considerar que su modelo político cultural es superior.

Laurence Thieux
CIP